

4. Desde lo anterior, el cristiano vive y cree en ese Dios que sale a su encuentro y que es:
 - esperanza y consuelo,
 - amor y misericordia que le lleva a llamarnos amigos, que se muestra presente en la tribulación del hombre,
 - en Cristo nos hace participar de su Pascua liberadora, que a través de la encarnación recapitula todas las aspiraciones del hombre,
 - quien reina con brazo extendido y mano fuerte mostrando su poder salvador en la misma muerte; que es presencia que rodea y acoge al hombre estableciendo una comunión que le implica en su totalidad. Así es como entendemos la soberanía y majestad de Dios que trae la salvación y la vida.
5. Dios cercano, preocupado y amoroso con su criatura, liberando a ésta de sus males, actuando con perdón, caminando a su lado y escuchándole. Por eso es porque lo absuelve y reconcilia después de la muerte.
6. Y como conclusión, esta presencia de Dios en el momento de la muerte no será sólo consuelo sino también júbilo al mostrar el mismo Dios su presencia trinitaria.

Tenemos que añadir alguna referencia a ese otro lenguaje que se desliga de algunas expresiones referidas a Dios y que pueden proporcionar al creyente cierta confusión:

1. «*Dios propietario del hombre*». La cualidad de propietario suele indicar actuaciones arbitrarias sin tener en cuenta a nadie ya que es su propio derecho, es el amo. Cuando en nuestros pueblos se escucha «*propietario*» se identifica aquél que no tiene que dar ninguna cuenta. Dios, ciertamente, es propietario del hombre en cuanto es su Creador, pero es un Creador que hace partícipe al hombre de su salvación. El propietario no da a elegir, Dios sí lo hace siempre.
2. Igualmente aparece un lenguaje de méritos y recompensas que puede llevar a excluir de este plan de salvación a quienes pueden considerarse «*injustos*». Este lenguaje supone establecer categorías y rangos (buenos y malos, justos e injustos...). Este mismo lenguaje es el que habla de un Dios sentado en su trono como juez que separa a unos de otros concediendo premios o castigos. Es la imagen de ese Dios árbitro, caprichoso y controlador.
3. Cuando en el Ritual aparecen frecuentemente expresiones que hacen referencia al recuerdo de las culpas pasadas, esto ha llevado a la gente al campo más duro de lo que es un juicio donde todo se pasa por un tamiz, donde nada se olvida ni se perdona. Ciertamente esto no es el lenguaje bíblico, sino que es un lenguaje «*tétrico*» que nos habla más de Dios «*terrible*» ante el que necesitamos mediadores para presentarnos en su corte, y no hace referencia al Dios que en silencio sacará a sus seres queridos al desierto para hablarles de amor.

Este rostro de Dios mantiene un plan de salvación, indicándonos de esta manera una preocupación real, concreta e histórica de cara al hombre. Dios no se esconde detrás de ningún decorado, es agente activo de conversión en la vida y para la vida.

A lo largo del Ritual va apareciendo la idea de un Dios de la vida y del encuentro. Esto indica que el lenguaje de la Iglesia puede estar en sintonía con los hechos que se celebran.

En el Ritual abundan los adjetivos sobre Dios, adjetivos que definen cualidades, pero que no describen, no narran la manifestación de Dios. Jesús, en su mensaje, nos propone adjetivos pero dentro de una narración (por ejemplo: Dios es bueno..., benigno..., amor gratuito...; Jesús dice que Dios es un padre bueno que espera la vuelta de su hijo, que mira a lo lejos, que le pone un vestido de fiesta...). Parece que este lenguaje de la Iglesia acumula palabras, no vivencias.

Si Dios sale al encuentro del hombre... la Iglesia también tendrá que salir al encuentro de este hombre concreto e histórico.

Sería positivo insistir en que Jesús es la Revelación del Padre, y esto es lo que tenemos que proclamar; hoy la experiencia de conocer a Jesús se puede basar tanto en la experiencia personal como en la tradición, pero se insiste mucho en el encuentro privado, situación ésta que puede dar lugar a un particularismo más producto de la imaginación incontrolada que de la imagen de Jesús que aparece en el Nuevo Testamento. Una vivencia excesivamente particularista de la religión da lugar a espacios y vivencias más privados que comunitarios, y quizá sea ésta una razón de por qué parece que surgen con fuerza formas de piedad popular, lo que nos lleva a situaciones donde se echa de menos el compromiso transformador de la historia. La pedagogía de Dios es la pedagogía de la historia, no sólo del recuerdo en unos momentos puntuales. Gritar en medio de una procesión: «¡Viva san Antonio!» y no acordarse hasta el año que viene no creemos que sea precisamente un signo de vivencia profunda de la fe, como tampoco lo es intentar reducir las prácticas religiosas a tocar un tambor en un día señalado del año.

El origen de las diócesis aragonesas: La creación de la diócesis de Sasabe

Rev. Aragon. Teol. 14 (2001)

Domingo Buesa Conde

Al llegar al siglo X, ya hay mucho camino recorrido en la planificación de la geografía eclesiástica del territorio que hoy conocemos como Aragón. Para entonces, ya se habían olvidado las adaptaciones de la circunscripción pastoral al diseño administrativo civil, aunque eran patentes sus efectos benéficos en la definición del territorio diocesano que se acometió en la época del dominio visigodo.

Ese era el itinerario histórico de una institución eclesial que estaba llamada a jugar un papel clave en la organización de los estados de la reconquista, de una institución que hasta este momento había mantenido la idea de la ciudad como único espacio con categoría para mantener la cabecera del obispado. Idea, que por cierto, tendrá que pasar por serias dificultades para su mantenimiento en más de una ocasión.

Cuando el territorio aragonés fue sometido al dominio musulmán las cosas cambiaron sustancialmente, puesto que grandes contingentes de habitantes del valle del Ebro decidieron someterse al dictado de los nuevos gobernantes, abrazando su religión a cambio de gozar de amplias prebendas socioeconómicas. El contingente de cristianos, cada vez más reducido, se consolidó en pequeñas comunidades mozárabes repartidas por todo el territorio, enclavadas en iglesias de origen visigótico que mantienen de esta manera su preeminencia.

Por otra parte, la aparición de nuevas fuerzas políticas en los valles pirenaicos lleva implícita la creación de una serie de expectativas, que van desde asegurar la atención espiritual hasta la búsqueda del prestigio que otorga el poder contar con una estructura episcopal propia. Se alegan nuevas necesidades espirituales, para poder justificar la tentación de ubicar en la cercanía de los nuevos gobernantes responsables específicos de mantener viva la llama de la cristiandad hispanogoda. Todos se necesitan para apoyar la consolidación de los nuevos estados, en realidad al poder público le es absolutamente indispensable la existencia de unos líderes religiosos que contribuyan a ir vertebrando la sociedad y el territorio. Estaba claro que los guerreros necesitaban a los clérigos para legitimar su dominio político, y que los clérigos necesitan a los guerreros para recuperar su dominio espiritual.

Todo este entramado se había manifestado, antes del siglo X, en la consolidación de un obispado de Ribagorza que intentaba hacer frente a las apetencias dominadoras de la diócesis de Urgell y de los condes de la Marca Hispánica. El itinerario, tal como hemos visto, había supuesto tres momentos: la aparición del obispado de Pallars-Ribagorza (a fines del siglo IX), su reducción a un obispado de Ribagorza (en pleno siglo X) y la conversión en ciudad de Roda para ser su sede.

Mientras esto ocurría en la zona oriental de Aragón, mientras las gentes de Ribagorza planteaban una fuerte contestación a la prepotencia urgelitana, en el occidente aragonés se do-

cumenta una situación similar con respecto a la poderosa sede pamplonesa. Aunque, en este caso, la ventaja es que los reyes de Pamplona han pasado a ser condes de Aragón a principios de la década del 920. Por eso, este itinerario de afirmación de una autoridad religiosa en las tierras del río Aragón será apoyado por los pamploneses, al mismo tiempo que sus responsables van buscando el espacio físico de su residencia: desde Sásabe (922) a Jaca (1077) y desde Jaca a Huesca (1096).

Pero antes de todo ello, es importante y creo que necesario plantearnos uno de los problemas historiográficos más confusos: la existencia o no de un núcleo de resistencia en el lugar en donde hoy se ubica el Real monasterio de San Juan de la Peña.

El primer asentamiento de una autoridad moral. El eremitorio de San Juan de la Peña

No está de más recordar que la sociedad que se gesta después de la invasión de los musulmanes, o quizás debamos decir de la entrada de una nueva religión en la península, es una sociedad en crisis y esta circunstancia hace que en las tierras del río Aragón se produzcan situaciones similares a las que hemos visto en otros parajes del Alto Aragón. No cabe duda que las gentes hispanogotas, las asentadas en las cercanías de la ciudad de Huesca y a orillas de los viejos caminos romanos que subían hacia los puertos pirenaicos, sufrieron un fuerte impacto con la presencia de los musulmanes y también se comprende que todo ello se plasmará en la despoblación de una zona que acabó formando un desierto fronterizo «*por miedo a los musulmanes*» al norte de la vieja ciudad romana.

La antigua Osca —bautizada ahora como *Wasqa*— se había convertido en el centro de ese importante distrito militar que controlaba las comunicaciones en la Frontera Superior de al-Andalus. Un control que era imprescindible sobre la gran calzada romana que ponía en comunicación Barcelona con Zaragoza y a la que se abrían algunas vías que atravesaban el Pirineo como el viejo camino militar que subía por el Valle de Echo. El walí oscense, que tiene la responsabilidad del gobierno de la ciudad, también asumirá el control del inaccesible espacio fronterizo, con todas sus dificultades entre las que no faltará el germen de la rebelión.

Una rebelión interna, surgida y alentada en el seno de la propia comunidad islámica. Una situación de inestabilidad que, aunque algunas veces se vinculó a la presencia de familias expoliadoras, inicuas y opresoras, como la de los Banu Salama a las que el cronista al-Udrí consideraba ejemplo evidente de maldad, siempre acabó supeditada a las familias descendientes de hispano-visigodos, es decir de esos cristianos que habían optado por convertirse al islamismo. Claro está que estos conversos o muladíes oscenses vivieron un lento y difícil proceso de arabización que, cada vez más, los distanciara de Córdoba y de la casta árabe que gobierna la península. Un distanciamiento que acabará en rebelión.

Amenazados por estos permanentes episodios de rebelión, era entendible que los gobernantes del emirato cordobés cuando decidieran atravesar el Pirineo y entrar en el reino franco, tuvieran muy en cuenta que el éxito de esta operación, la garantía de su propia seguridad personal, pasaba por controlar estas tierras fronterizas y acabar con esos focos de rebelión que pudieran nacer en sus valles, tanto si eran provocados por los enfrentamientos entre familias musulmanas como si los protagonizaban grupos de antiguos cristianos visigodos huidos de la llanura.

Nos confirman los textos musulmanes que, desde muy pronto, se hicieron presentes los gobernadores andalusíes como *Abd al-Rahman al-Gafiqí* que —hacia el año 732— atacó «*un lugar espacioso y agradable en Pano*» que los cristianos se habían esforzado «*en amurallar*». La noticia de la *Crónica pinatense* nos habla de una expedición de castigo efectuada cuando iba el cordobés camino de Pamplona y Burdeos, unos meses antes de morir en la famosa batalla de Poitiers que frenó el avance musulmán¹.

Dos años después, en el verano del 734 los cordobeses vuelven a la carga contra estos núcleos rebeldes y el poderoso ejército de *Abd al-Malik ibn Qatan* recorre la vieja *Tierra Aragonesa* atacando nuevamente el campamento fortificado de Pano que está en la Sierra de San Juan de la Peña². Como cuenta la *Crónica mozárabe*³ del año 754, el emir cordobés «*se propone arrasar las montañas pirenaicas habitadas, y, dirigiendo su expedición por lugares angostos, no consigue nada favorable*». No obstante, parece que todo fue destruido y muchos rebeldes sometidos a cautividad, según cuenta una romántica leyenda que no dejará de explicar cómo para estas gentes «*la vida poco vale si no está alimentada de un ideal de independencia*».

Estos datos nos ponen en la pista de la existencia de un primer espacio sacro, protegido por la autoridad moral de sus pobladores, en el que se pone en marcha un primer choque contra los soldados musulmanes, no sólo como invasores de un espacio político sino también como representantes de una religión que generaba colisión con la secular espiritualidad de estas gentes. Este enfrentamiento es un choque religioso, así parece derivarse de los textos, aunque esa dimensión más la deberemos entender como un choque entre dos maneras distintas de entender el mundo.

Al construir la historia de este episodio, que está en la base de la posterior ordenación espiritual de la zona, debemos acudir a los textos cronísticos que nos ofrecen un relato a medio camino entre lo posible y lo pensado, entre la historia y la leyenda. Un relato que es el origen de esa autoridad espiritual que siempre tuvo San Juan de la Peña, el monasterio que tuteló los orígenes de este reino aragonés desde que lo refundaran —según dicen los viejos autores— dos zaragozanos ilustres.⁴

Estos zaragozanos «*ilustres en sangre, ricos de bienes de fortuna y más de virtudes*», fueron los autores de la recuperación del antiguo eremitorio rupestre que tenía Juan de Atarés en estos parajes prepirenaicos. Y desde ese espacio, sugerencia de la mítica cueva y de la fortaleza de la roca, comenzaron a ejercer en la zona una enorme fuerza de atracción con sus consejos y con su peculiar forma de vivir.

Estamos hablando de una autoridad moral ejercida por los anacoretas cristianos que habían reutilizado espacios rupestres, ante los que los habitantes paganos de la zona sentían

¹ Conviene consultar el estudio de Antonio DURÁN GUDIOL *Los condados de Aragón y Sobrarbe*, Zaragoza, 1988. También es interesante acudir a la obra de E. LEVI-PROVENÇAL, «España musulmana», en *Historia de España*, IV, Madrid, 1950.

² Ver el apéndice 1 de DURÁN GUDIOL, obra cit. Para la crónica pinatense ver la edición de Antonio UBIETO ARTETA, *Crónica de San Juan de la Peña*, Valencia, 1961.

³ Edición de J. E. LÓPEZ PEREIRA, *Crónica mozárabe de 754*, Zaragoza, 1980.

⁴ Ver mi artículo sobre *Los orígenes de San Juan de la Peña*, publicado en la revista de la Hermandad de San Juan de la Peña, Jaca, 2001.

especial temor. Y no es extraño pensar, si atendemos lo documentado en otros espacios, que estos anacoretas se fueran convirtiendo en un punto de encuentro para muchos cristianos dispersos por estos territorios, e incluso que fueran ellos los que inspiraran ese deseo de enfrentarse al infiel dominador musulmán⁵.

Aparte de las leyendas que nos cuentan cómo estos hermanos predicaban la guerra contra los moros, el propio abad Briz recogió —en 1620— e incluso aportó como documento la tradición del viaje de Félix a Zaragoza para tranquilizar a sus padres y anunciar a los mozárabes que *«la reconquista había comenzado en las montañas y pronto llegaría el día de su liberación»*. En realidad, todo este conjunto de narraciones no hace más que intentar vestir con la imaginación un hecho cierto: hay un núcleo de eremitas que se han ganado el respeto de sus paisanos y que ejercen un auténtico liderazgo. Un grupo de gentes que se asientan en un lugar santificado por la estela de un anacoreta, allá por el año 720, y que como dice la Crónica pinatense⁶ provocaba que *«por la habitación de aquestos sanctos hombres, todos los cristianos avían gran devoción en aquesta spelunca»*.

El liderazgo ejercido por estos primeros aristócratas visigóticos, fue heredado por otros eremitas que vienen a consolidar la presencia religiosa en la cueva dedicada al Precursor, mientras era perpetuado en la memoria hasta que el monje Macario haga esa biografía sobre los fundadores, manuscritos que no dejaron ver los monjes pinatenses a Juan Tamayo cuando estaba escribiendo el Martirologio hispano, cosa habitual ya que él mismo señala que nunca «lo han permitido».

Está claro que —tras estudiar todas las fuentes con sentido crítico— debemos aceptar que en este enclave rupestre, perpetuando un asentamiento anacoreta, se crea un foco de espiritualidad que mantiene el cristianismo en una amplia zona habitada por paganos y que acabará de ser evangelizada en el siglo X. Un foco que será también reivindicativo de ese mundo visigótico que había creado una cultura básicamente eclesiástica y, por tanto, profundamente comprometido con la lucha contra los enemigos que han roto la vieja civilización toledana. Estamos en la segunda década del siglo VIII, pocos años después de la irrupción de los musulmanes en tierras altoaragonesas.

Ya ha nacido lo que en el siglo XI será conocido como Real monasterio de San Juan de la Peña y que ahora no es más que la iglesia o el refugio de la Peña. Un enclave que conocerá varias etapas fundacionales, sucesivas en el tiempo y anexas en el espacio sobre el que se realizan, entre las que podemos destacar la ubicación de un enclave cenobítico en el siglo VIII, de breve vida en el tiempo, la creación del monasterio de los Santos Julián y Basilisa en el siglo X y la del Panteón de la realeza aragonesa⁷.

Pero claro está, hay que intentar aclarar algunos extremos de esta realidad atendiendo a lo que otra serie de noticias nos cuentan. En concreto, debemos ver si junto a este enclave

⁵ José ORLANDIS, *La Iglesia en la España visigoda y medieval*, Pamplona, 1976.

⁶ Ver la edición de UBIETO, quien cree que está escrita entre los años 1369 y 1372.

⁷ Ver mi guía de *El Real Monasterio de San Juan de la Peña*, León, 1998. También mi estudio histórico en *Guía turística de San Juan de la Peña*, Zaragoza, 1997.

hay algún establecimiento poblacional y qué tipo de relaciones existen entre ambos espacios: el de la oración y el de la convivencia.

Recordamos una vez más que, entre el año 732 y el año 734 gobierna el Islam hispano el emir *Abd al-Rahman*, un gobernante asentado en la tranquilidad cordobesa que está preocupado por esos movimientos de rebeldes que se ocultan en los espacios pirenaicos. Y por ello, para poner fin a este núcleo de contestación envía al gobernador *Abd al-Malik ibn Qatan* para que los destruya y destruya sus asentamientos, sus pueblos. Aparte de las fuentes musulmanas ya citadas antes, la crónica pinatense nos explica «*Cómo fue hecha terrible mortaldad en los cristianos por los moros en el lugar de Panno*», en un lugar cerca de Oroel y que coincide con lo que «*oy es Sant Johan de la Penna*».⁸

Este dato es ciertamente la muestra clara de que en un momento determinado allí se juntaron varios cristianos, probablemente huidos del espacio del Somontano ante el avance de la invasión. Son los que crearían algún tipo de poblamiento en la zona inmediata a la cueva, un conjunto de casas con protección de alguna empalizada que es considerada por los textos literarios como «*ciudad de Pano*» y por las crónicas como «*lugar clamado de Panno*». Esos «*cristianos*» (que desde luego no debieron ser los trescientos que quiere la crónica pinatense) sufrieron el ataque de *Abd al-Malik ibn-Qatan*, al que curiosamente la crónica bajomedieval llama *Abdemic Abancacan*, y fueron derrotados, hasta el punto que se derribaron los muros y fundamentos de aquel lugar «*assi como pareçe oy en dia*», es decir como aseguran era visible en el siglo XIV.

Se cerraba así, en el año 732, el primer acto de la historia de este enclave y a partir de este momento sólo pervivió la soledad del eremitorio en el que se conservó la memoria de los sucesos, desde el momento de la construcción de las casas y su amurallamiento en la partida de *Bocarruebo* o *Bozaruebo*, en ese topónimo que nos recuerda algunas denominaciones antiguas de Botaya, hasta su destrucción por el militar musulmán que entró a fuego por estos parajes en los que —a pesar de todos los intentos— siempre permanecerían vivos los momentos iniciales de una breve rebelión que —en el futuro— sería magnificada y muy bien rentabilizada por monjes y reyes.

El nacimiento de una sede itinerante para los territorios occidentales. Sasave.

En la sucesión condal de la familia carolingia que gobernaba en Echo, a la muerte de Aznar II le sucedió el conde Galindo Aznárez II, hombre de carácter fuerte y muy dinámico, al que corresponde el mérito de haber acometido la gran expansión territorial del condado por la Canal de Berdún. No debemos olvidar que era hijo de una princesa navarra y cuñado del wali de Huesca, circunstancias que le permitieron actuar con cierta impunidad entre sus vecinos.

Hacia el Este las tropas condales también amplían el territorio de la familia, conquistando todas las tierras que van hasta el río Gállego y la plaza musulmana de Senegüé. Por el Sur fijan la frontera en la Sierra de San Juan de la Peña, lugar en el que funda un monasterio dedicado a los santos Julián y Basilisa sobre ese viejo eremitorio visigótico, un amplio espacio na-

⁸ Conviene ampliar algunos extremos en mi trabajo «Los Orígenes del Reino» en Aragón. *Reino y Corona*, Zaragoza, 2000.

tural en el que se habían dado los primeros conatos de rebelión contra el Islám. Una operación con la que pretenden asumir el prestigio de la herencia histórica, el mérito de ser los sucesores de aquellos aguerridos hombres de Dios que intuyeron lo que sería la larga lucha.

Pero esta fundación, fechable en el año 920, no es la única que hace el conde aragonés puesto que también fundó el monasterio de San Martín de Cercito en el valle del Aurín (después de enfrentarse a unas guarniciones musulmanas en una batalla en la «*que la sangre corrió como el agua*») y el monasterio de San Pedro de Jaca en el lugar que antaño estuvo la fortaleza de los jacetanos. Se definían así los centros de ordenación del nuevo territorio que se incorporaba al condado aragonés, a una entidad política que se consolidaba como un poder independiente y sólido.

Todo nos explica el interés por asumir la herencia de la ciudad romana de Iaca, el testigo del primer núcleo de oposición al Islam, la recuperación de una religiosidad profunda y antigua en el valle del río Aurín... Todo está preparado para acometer la gran empresa: la creación del obispado que personificará todo este plan de acción. Por eso, dos años después, el obispo Galindo de Pamplona fijaba la residencia del obispo de Aragón en el monasterio de Sasave, comenzando la historia del episcopado altoaragonés como vamos a ver.

Coincide en ese cambio de centuria, en los inicios del siglo X, el quehacer de tres personas que han pasado a la historia con la denominación de caudillos⁹. El primero era el conde aragonés Galindo II y de él hemos referido su papel como motor de la ampliación del condado de Aragón. El segundo es su cuñado Muhammad, apodado al-Tawil por su aventajada estatura, que gobernará Huesca y reunirá bajo su gobierno un amplio territorio en el que estarán Lérida, el Somontano de Monzón, Sobrarbe y Ribagorza.

Y el tercero es el conde ribagorzano Bernardo Unifredo que como logró matar al mítico gobernador al-Tawil (el año 913) acabó gozando de un enorme prestigio, lo cual le permitió culminar la tarea para la que le envió el rey Carlos IV de Francia: expulsar definitivamente a los musulmanes de las tierras de Sobrarbe, Ribagorza y Pallars. Este conde franco que casará con una hija de Galindo II, reorganizará el oriente altoaragonés reservándose para él el gobierno de Ribagorza y estableciendo su capital en Roda de Isábena, ciudad en la que construirá una gran catedral para residencia del nuevo obispo de Ribagorza.

Mientras tanto, el año 921, el rey Sancho Garcés I de Pamplona se acerca a la comarca de las Cinco Villas acompañado de «*todos los que estaban en el ejército del rey*», es decir, de todo un contingente militar que —al final del invierno del año 922— «*conquistó todas las montañas de Aragón y Sobrarbe*» poniendo el condado aragonés bajo el dominio del reino pamplonés, al igual que las tierras de Sobrarbe que serán ocupadas y colonizadas por emigrantes navarros, grupos humanos que nos irán dejando rastro de su desplazamiento en necrópolis con tumbas antropomorfas como las de Lasieso o Murillo de Gállego¹⁰.

Este es el tiempo en el que hemos documentado cómo los ejércitos del rey se ocupan de extender sus dominios por los valles y llanuras del Condado de Aragón¹¹. Pero no sólo por

⁹ Seguimos lo explicado en mi trabajo «Los orígenes de Aragón».

¹⁰ Ver mi obra *Historia del Alto Aragón*, Huesca 2000.

¹¹ Antonio Durán, *Los condados de Aragón y Sobrarbe*, capítulo VI, pp. 174 y ss. Del obispo Galindo de Pamplona habla en las páginas 225 a 228.

el oriente del reino pamplonés, pues también se avanza firmemente por las tierras de la Rioja, a las que liberó apoyando a la población cristiana existente en las zonas de Calahorra, Nájera o Viguera¹².

La operación militar de Sancho Garcés fue una conquista en toda la regla que se acabó ocultando bajo un acuerdo matrimonial entre los dos estados: la boda de la condesa En-dregoto (o Andregoto) de Aragón con el futuro rey García Sánchez de Pamplona. Un complejo matrimonio que debió de celebrarse en torno al año 935 cuando el príncipe pamplonés tenía unos trece años y la condesa cerca de treinta y cinco¹³.

Las crónicas pamplonesas nos hablan en extenso del rey Sancho Garcés I (905-925), que sucedió al viejo rey Fortún que se retiró al monasterio de Leire, describiéndolo como hombre «*reverentísimo de la fe de Cristo, piadoso entre los fieles, compasivo con los católicos oprimidos y campeón de las gentes ismaelitas*»¹⁴. Pero esta valoración piadosa del monarca pamplonés aflora también en los documentos de su época, cuando nos explican cómo «*erigió Dios al rey Sancho Garcés como señor y gobernador de la patria y defensor del pueblo*».

En la empresa militar de Aragón acompaña al rey pamplonés el obispo Basilio, un hombre que no pudo resistir el duro invierno de las altas Cinco Villas cuando esperaban poder comenzar la conquista de Aragón. En esta atípica expedición invernal, el rey pamplonés vio como sucedía en su episcopado un hombre de cuarenta años, que además es persona que vive apasionadamente la empresa expansiva del rey, al que acompañará triunfante en la ocupación de Aragón y que está dominado, absolutamente, por esa visión universalista de la monarquía Navarra.

Mientras se ha incorporado el paisaje riojano y el conjunto de los valles del condado de Aragón, en la corte pamplonesa ha muerto el obispo Basilio, en las postrimerías del año 920, y ha sido designado como nuevo prelado un monje conocido con el nombre de Galindo¹⁵. Un hombre que es fiel seguidor de esa visión universalista del poder pamplonés, fiel discípulo de ese rey Sancho Garcés que sueña con colocar bajo su cetro diferentes estados. Y en estas circunstancias, recién consagrado el obispo Galindo en el año 922, hay un curioso texto del *Obituario de los obispos de Pamplona* que dice «*...en la era 960 le sucedió el obispo Galindo, de cuarenta años, y ordenados cuatro obispos, a saber, Sisuldo obispo de Calahorra, Teodorico obispo de Tobía, (Ferriolo) obispo de Sasau y Feliza, obispo de (¿Deyo?)...*»¹⁶.

Este es, como pueden ver, un texto fundamental para el problema que nos ocupa. Está hablándonos de cómo el obispo Galindo de Pamplona ha consagrado una serie de obispos

¹² Ver el estudio de J. Pérez de Urbel sobre «*La conquista de la Rioja y su colonización espiritual*» en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, I (1950), pp. 519-526.

¹³ Ver el trabajo de José María LACARRA Y DE MIGUEL «Los Reyes pamploneses entre 905 y 970» en *Príncipe de Viana*, nº 90-91.

¹⁴ Lacarra, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, pp. 58-59. Lacarra señala cómo este espíritu de liberación de la Cristiandad estaba de acuerdo con las ideas de los monarcas asturianos con los que estaba muy unido, en especial con Alfonso III. Una hija de Sancho, Onnega, estaba casada con el futuro Alfonso IV (925-931) de León.

¹⁵ Lacarra, «*Textos navarros del código de Roda*» en *EEMCA*, I (1945), pág. 263.

¹⁶ Ver los comentarios de Durán Gudiol en *Los condados de Aragón y Sobrarbe*, pp. 226 y ss, y página 342 con la traducción del texto del Obituario editado por Lacarra.

que se ubican en cuatro puntos del mapa diocesano que él controla y que el rey Sancho Garcés domina plenamente: en Calahorra, en Tobía (que luego se desplazaría a Nájera), en Sasau, Sasave o Sasabe, y en Deyo o Tierra Estella. Si esta última no pasó de este intento y la restaurada diócesis de Calahorra no tuvo continuidad al recuperar los musulmanes la ciudad en el año 968, las otras dos se consolidaron y acrecentaron. Y todas constituyeron desde el primer momento una nueva provincia eclesiástica en la que el prelado pamplonés ejercía de metropolitano, cosa que al monarca le agradaba pues le alaba la gran tarea de expansión que había llevado a cabo.

La pregunta que nos surge ante esta noticia es lógica y nos habla de intentar saber qué ha pasado en ese momento en el que el valle de Borau contempla el amanecer del obispado de Aragón¹⁷. Sobre todo, saber qué importancia tiene esta medida que se encuentra absolutamente vinculada a ese encuentro de pareceres compartidos entre el rey y el obispo, a esa visión de generar un mando o imperio sobre diferentes comunidades.

Creo que con esa idea en su mente diseñó Galindo su gobierno diocesano. Había que pasar de ser un simple obispo a ser un obispo de obispos, es decir: un metropolitano que gobernara un amplio territorio controlado por otros prelados. Esta conversión del obispo pamplonés en el rector de una provincia eclesiástica confirmaba la idea de una monarquía poderosa y con un extenso territorio a gobernar. Por lo tanto, todos estaban contentos con la euforia episcopal y sólo faltaba ponerla en marcha. Pero no faltarían los problemas.

Cuando el obispo Galindo de Pamplona decide nombrar cuatro obispos tiene que cumplir el derecho Canónico que le obliga a establecer su residencia en cuatro ciudades, nunca en una villa pues eso convertiría al obispo en un villano. Y así lo hace en otros sitios, pero al querer fijar la sede del nuevo obispo que gobernaría pastoralmente las tierras del condado de Aragón se encuentra con una dura realidad: en este territorio pirenaico no queda ninguna ciudad, ya que la antigua ciudad ibera de Jaca está reducida a un ruinoso *castro*.

No quedaba más remedio que instituir la sede episcopal en una iglesia, bien situada y con cierto prestigio. Y esa iglesia es la del monasterio sasaviense que habían fundado los condes aragoneses en la segunda mitad del siglo IX, cuando comenzaron a expansionarse por el valle de Laurés. Las razones que llevaron a elegir este enclave son desconocidas, mas me parece muy oportuno pensar que quizás la explicación esté en el hecho de que el primer obispo, propuesto por Galindo de Pamplona, fuera monje en este cenobio jacetano.

El caso es que, en ese año 922, Ferriolo¹⁸ es nombrado obispo en Sasabe y comienza a trabajar para consolidar el nuevo obispado de Aragón, aunque el primer obispo que reciba este título será su sucesor, el obispo Fortuño (933-947) que era miembro de una familia afincada en Guasillo, al sur de Borau. De la misma zona es el tercer obispo de Sasabe, el monje Atón (958) que como los anteriores debe proceder de este monasterio, gobernado por el abad Banzo, de cuyo claustro parecen salir las personas que son elegidos obispos en Sasabe y denominados obispos en Aragón.

¹⁷ Ver mi artículo «San Adrián de Sasave. La historia de un monasterio que se perdió en un barranco» en la revista *La Magia de Huesca*, nº 2, Huesca, 2001.

¹⁸ Ubieto, *Cartulario de Siresa*, Valencia, 1960, doc. nº 6.